

que dicen, no la conocemos? Inteligencias decaídas, sordas á la voz del género humano; y condenadas en el hecho mismo á no creer nada, porque la *fe nace del oído*<sup>1</sup>; toda palabra como toda verdad, toda ley procede de esta palabra, de esta ley primera. ¿Dónde están los que dicen, no la queremos? Espíritus rebeldes, á quienes la luz ofende é importuna: piden tinieblas, y tinieblas les serán dadas; desechan la verdad, la verdad los repelerá de sí; desechan la ley de gracia, y hallarán la ley del suplicio; en lugar del Dios que no han querido y de la muerte que querrian, tendrán eternamente á su crímen por compañero, y por rey *el gusano que nunca muere*<sup>2</sup>.

Hemos pues probado que ninguna secta idolátrica tiene autoridad real; que no existe ni existió jamás sino una Religion que comenzó con el mundo: Religion por consiguiente *una, universal, perpetua*, en sus dogmas, en sus preceptos, en su culto esencial: que siempre y en todas partes se ha conocido su existencia y el medio por el cual se la podia discernir de los errores, supersticiones nacidas del orgullo de la ignorancia, de la insaciable curiosidad, y de todas las pasiones humanas. Hemos hecho ver al mismo tiempo que esta Religion no es otra que la Religion cristiana, única que posee estos grandes caracteres de autoridad soberana á que todo espíritu debe obedecer; á saber: la *unidad*, la *universalidad*, la *perpetuidad*. Vamos pues á probar que la *santidad* le conviene no menos visiblemente: de modo que en cualquiera época, y bajo cualquier aspecto que se la considere, Dios se manifiesta en ella y por ella con tanto brillo y esplendor, que no percibirla es estar abandonado á una ceguera tan terrible, que no se hallan términos con que llorarla.

<sup>1</sup> *Ad Rom.* x, 17. — <sup>2</sup> *Marc.* ix, 43.

## CAPÍTULO VII.

La Santidad es propia del Cristianismo.

Remontándonos al origen del mundo, hemos visto á la Religion cristiana desenvolviéndose sucesivamente sin dejar de ser *Una*, réstanos probar ahora que es igualmente *Santa*, y que este carácter esencial de la verdadera Religion igual y manifiestamente le pertenece. Para ello es necesario considerarla en su totalidad, y abrazar de una sola ojeada los diferentes estados bajo los cuales ha subsistido desde el principio del mundo hasta nosotros.

Su duracion pues presenta tres épocas principales, semejantes bajo muchos respectos á las edades de la vida humana. La primera revelacion contenia el gérmen de las que debian suceder, como las primeras verdades que la palabra revela al niño, incluyen todas las verdades que conocerá en lo sucesivo. La revelacion *Mosáica*, oponiendo una nueva barrera á los desarreglos de la edad de las pasiones, confirma la revelacion primordial ó primitiva, y prepara los pueblos á la última revelacion. Esta en fin cumplió lo que prometian las otras dos, y San Pablo mismo la llama *la edad del hombre perfecto*, á que debemos todos, dice, *apresurarnos á llegar en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios hasta la plena medida de Jesucristo, á fin de que no seamos ya niños*.

Estas tres revelaciones no forman tres Religiones diversas, sino una Religion mas perfecta á medida que ella se ha desarrollado mas; así como la razon del hombre no es una razon diferente de la del niño, sino la misma razon mas ilustrada, mas desarrollada, mas perfecta; y si se quiere extender aun mas esta comparación, se verá que los deberes del hombre tienen tambien, en proporcion de sus luces, mas extension que los del niño, aunque en el fondo sean constantemente los mismos deberes invariables.

Así es que el hombre es siempre uno, siempre idénticamente el mismo hombre, á pesar del desarrollo de su naturaleza, ó mas bien en virtud de los desarrollos mis-

mos que se obran y deben obrarse en sus facultades para que llegue á la perfeccion conveniente á su naturaleza, y así tambien la Religion es siempre una, siempre idénticamente la misma Religion, á pesar del desenvolvimiento, ó mas bien en virtud de los desenvolvimientos mismos que ha debido experimentar para llegar á su perfeccion, ó para venir á ser la expresion perfecta de las relaciones que existen entre Dios y el hombre.

La *unidad* del Cristianismo es por otra parte, como lo hemos mostrado, un hecho perpetuo; pues que no se puede añadir ni quitar nada de él, sin trastornar completamente la Religion primitiva.....

El género humano atestigua la existencia de una verdadera Religion: testifica igualmente que debe ser una, universal, perpetua; solamente una, que es el Cristianismo; es perpétua, universal, una: el Cristianismo es pues la verdadera Religion.

Observe además que aun cuando se creyese poder mostrar, lo que no se hará jamás, que al Cristianismo faltase alguno de los caracteres de que acabamos de hablar, á menos que no se muestre lo que ni aun se ensayaré si quiera, que existe otra Religion que reúne mas evidentemente todos estos caracteres; no se llegará aun sino á una conclusion absurda; á saber que no existe ninguna verdadera Religion.

Mas para limitarnos al objeto particular de este capítulo. es creencia unánime de todos los pueblos que la Religion primitiva tiene á Dios por Autor: la Religion primitiva y el Cristianismo, son idénticamente la misma Religion; luego el Cristianismo viniendo de Dios, es santo como el mismo Dios.

Una razon recta no necesita mas para creer sin vacilar; y mientras que el orgullo desconfiado y curioso se dirige al Sér supremo, y le pregunta cómo sus obras son dignas de él, la fe repite con amor: *El ha hecho bien todas las cosas*<sup>1</sup>, y no piensa que su verdad, su bondad, su justicia deban, para ser reconocidas, sufrir el exámen y juicio, y recibir la insolente sancion de ninguna de sus criaturas.

<sup>1</sup> *Marci* VII, 37. *Ps.* CXLIV, 13.

No porque la Religion que Dios ha revelado tema las miradas del hombre, y se niegue al exámen de la razon: ella no le somete sin duda su autoridad divina; pero segura de sí misma, le dice: no tengo necesidad de las tinieblas; hé venido á disiparlas. Héme aquí: no temo tus ojos que he abierto, ni la luz que ellos no reciben sino de mí.

Para formarse una nocion exacta de la santidad del Cristianismo, es necesario desde luego elevarse hasta Dios, y comprender que él solo es santo por esencia<sup>1</sup>. La santidad es su mismo sér, como que es la verdad y el órden esencial. Síguese de aquí claramente que la santidad en el hombre es la conformidad de sus pensamientos ó de sus creencias con los pensamientos de Dios, ó las verdades eternas, y la conformidad de sus voluntades y de sus acciones con las voluntades de Dios, que son el órden inmutable.

Mas como el hombre por sí mismo no conoce los pensamientos, ni la voluntad de Dios, es necesario que Dios se los revele ó manifieste; y todos los pueblos en efecto atestiguan la existencia de semejante revelacion. Tan cierto como es que ella existe y que Dios es su autor, lo es tambien que es *santa*. ¿Mas en qué consiste su santidad? ¿cuál es la idea que debemos formarnos de ella? Lo que acabamos de decir lo da bastante á conocer.

Una *doctrina* es santa cuando es la expresion de las verdades divinas.

Una *ley* es santa cuando es la expresion de las voluntades de Dios.

Todo lo que es un medio de union entre Dios y el hombre, es decir, todo lo que ayuda al hombre á aproximarse á Dios, ó á ser *semejante á él* en sus pensamientos, voluntades y acciones<sup>2</sup> es santo; y de este modo es como ciertas ceremonias del culto, indiferente en sí mismas, son santas, ya por el carácter que les imprime la autoridad santa que las ordena; ya por su objeto, que es la gloria de Dios y la santificacion del hombre.

No creemos que se contesten ninguna de estas máximas tomadas en su generalidad. Suponiéndolas pues reconocidas, vamos á probar que el *Cristianismo es santo en sus dogmas, en su moral, en su culto.*

<sup>1</sup> *Levit.* XX, 26. — *I Reg.* II, 2. — *2 Levit.* XI, 44.

Observemos desde luego que si se desecha enteramente la doctrina cristiana, desechando en el hecho mismo toda idea de Dios y de las relaciones que existen entre él y nosotros, se destruiría toda Religión, toda verdad, toda santidad. Observemos mas, que cuando el hombre se separa de esta doctrina, es siempre por via de negacion. Nadie añadió jamás algun dogma positivo al símbolo *católico* ó universal de los cristianos; nadie les dijo jamás, alguna cosa os falta; nadie pretendió nunca haber descubierto en materia de Religión, una verdad que no enseñe la Religión católica. Luego ella incluye todas las verdades reveladas, sean cuales sean, ó todo lo que hay *santo* en las creencias de los hombres.

¿Pero no habrá alterado estas verdades santas, uniendo á ellas dogmas falsos? Es cierto que obliga á creer todo lo que debe ser creído, ó todo lo que es verdadero y necesario á la santificación del hombre; no hay duda; ¿pero no obliga á creer mas? O en otros términos: ¿la fe que exige, la doctrina que manda admitir es *una*, ó forma un todo, cuyas partes estén tan unidas, que no se pueda separar nada de ellas, sin destruirla ó aniquilarla? Así lo asegura<sup>1</sup>: veamoslo.

A no acusar de error á todo el género humano, es preciso convenir que entre los dogmas de la Religión católica, los que han sido siempre universalmente creídos son santos y verdaderos. ¿Quién se atrevería á negarlo en presencia de todos los siglos y de todas las naciones? ¿Quién osaría solamente ponerlos en duda? ¿No oís ese grito que se levanta: ¡Impiedad! ¡blasfemia! El mundo entero se estremece y conmueve de horror, tan luego como se conmueven las antiguas bases de la fe y de la virtud.

Pues esta fe antigua contiene y supone todos los puntos de la fe cristiana. El hombre ha caído de su inocencia: nace culpable de un crimen hereditario, que debe ser expiado: ninguna creencia mas universal. ¿Dónde se hallará fuera del Cristianismo esta expiación necesaria? ¿Los antiguos no confesaban la insuficiencia de sus sacrificios? La sangre corría á ríos, y aun, lo que horroriza solo imaginarlo, la sangre humana; pero esta sangre que

<sup>1</sup> Unus Dominus, una fides. *Ad Ephes.* iv, 5.

derramaban ¿dijeron jamás, pensaron nunca que pudiese salvar á todos los hombres? Y sin embargo, por todas partes existía la esperanza de salud, fundada sobre una expiación que no se veía en parte alguna. Era necesario pues que ella se cumpliera, ó la fe perpetua del género humano no habría sido mas que una perpetua ilusión. Se cumplió en efecto, el Cristianismo nos lo enseña, y confirma de este modo la verdad de la doctrina antigua, como la antigua doctrina confirma y prueba la verdad de la doctrina cristiana, de que ella es el fundamento. ¿Y qué cosa mas santa en sí misma que una doctrina que anuncia al hombre que su crimen está borrado, que vuelto á la gracia con su Hacedor, es llamado á un estado santo por una nueva alianza con Dios, principio de toda santidad?

El género humano creía tambien, según una invariable tradicion, que un enviado celestial, que seria hombre y Dios, vendria un día á obrar la salud del mundo. Este Redentor prometido era la esperanza de todas las naciones..... ¿Y quién es este Salvador? Es necesario mostrarlo, ó decir que el género humano ha estado en error durante cuatro mil años. Exceptuados los judíos, que cada día producen con dolor una esperanza nueva que la mañana siguiente disipa, los pueblos han dejado ya de esperar este divino Libertador. Si no ha parecido, lo repetiremos, la fe de los antiguos tiempos era una fe engañosa. ¿Lo creereis así? ¿lo direis? ¿Os atreveréis á trastornar con una sola palabra todas las bases de la Religión y de la razon humana? — ¿Retrocedéis á la vista de esta inevitable consecuencia? Pues bien: decidnos: ¿adónde, cuándo, en qué pueblo, en qué siglo ha venido *el que debia venir*? ¿Quién es? ¿cuál es su nombre? Cristianos, vosotros lo sabeis; y jamás otro nombre se ha opuesto á este gran nombre. Inquirid, preguntad fuera del Cristianismo; todo calla. ¿Quién otro que Cristo ha dicho; *Héme aquí*<sup>1</sup>? ¿De quién otro se ha dicho: *Hé aquí el que quita el pecado del mundo*<sup>2</sup>? Se puede sin duda: porque ¿qué no se puede? Se puede rehusar el reconocerle<sup>3</sup>; los hombres pueden excluirle de lo que

<sup>1</sup> Tunc dixi: Ecce venio. *Ps.* xxxix, 8. — <sup>2</sup> *Joan.* i, 29.

<sup>3</sup> In mundo, erat, et mundus non cognovit, etc. *Joan.* i, 10 y 12.

ellos llamen su religion ; pero su lugar queda vacio, y bien pronto se forma un abismo adonde van á hundirse todas las verdades.

Se creia universalmente que el *Deseado de las naciones seria Dios*, y tambien que seria hombre : misterio impenetrable antes de su cumplimiento, y que no se explica sino por el *Hombre Dios*, y por las verdades que él ha revelado. La distincion de las Personas divinas, la Trinidad, la Encarnacion<sup>4</sup>, todos estos dogmas cristianos son, por decirlo así, la expansion ó dilatacion del dogma antiguo; en que estaban *ocultos* ó encerrados, segun la exacta expresion de un santo Doctor. Negarlos, no solo es negar la fe universal, es cortar la raíz de toda creencia; porque, notadlo bien, si Jesucristo no es el Redentor que esperaba el mundo entero, no ha habido Redencion, si Jesucristo no es hombre, y si no es Dios, si el *Verbo no se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros*<sup>2</sup>, todos los pueblos han sido el juguete del error por el espacio de cuarenta siglos. Si no hay en Dios tres personas en una sola naturaleza; si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en nombre de los cuales ordenó Jesucristo á sus Apóstoles bautizar y enseñar á todas las naciones, no son tres personas iguales y distintas; si el Espíritu divino que habia prometido enviar á sus discípulos, no ha venido á *renovar la tierra*, Jesucristo es un impostor. Y entonces no hay Redencion; entonces la Religion primitiva, fundada sobre la Redencion futura, era falsa; entonces todo el género humano se ha engañado perpetuamente en las cosas que mas le importaba conocer; entonces nada se puede admitir como cierto, apoyado en el consentimiento general; y quedará una duda universal, y en el invencible sentimiento que tenemos de la corrupcion de nuestra naturaleza un dolor sin consuelo, y una desesperacion sin remedio.

Tal es el abismo en que necesariamente cae todo el

<sup>4</sup> Porfirio confiesa la posibilidad de la Encarnacion del Verbo. *Alnetan. quæst.* lib. 2, c. 13, p. 235.

<sup>2</sup> Ante Christi adventum fides Trinitatis erat occultata iu fide majorum; sed per Christum manifestata est mundo, et per Apostolos. S. Th. 2, 2. *quæst.* 2, art. 8.

que desecha un solo punto de la doctrina cristiana.

¿Y qué ofrece esta que no lleve en sí el carácter de *santidad* esencial á la verdadera Religion? ¿Qué es lo que manda creer? Un Dios santo por esencia, y tres Personas eternamente subsistentes en este Dios único: el Padre criando todo cuanto existe por su Verbo; el Hijo redimiendo por un inefable sacrificio al género humano condenado á la esclavitud; al Espíritu Santo concurrendo por la infusion de su gracia á la santificacion del hombre redimido. Aun mas: díganos el incrédulo mismo, ¿qué hay en esta doctrina que no sea digno de la santidad de Dios, puesto que ella no es mas que la manifestacion de su poder, de su verdad, de su justicia y de su misericordia infinita? «De tal modo amó Dios al mundo, » que le dió su Hijo único, á fin de que cualquiera que » cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna; » porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para con- » denar al mundo, sino para que el mundo se salve por » él<sup>1</sup>. »

En esta sola palabra ¿no veis un compendio de toda la Religion, la sustancia de la fe antigua, y el cumplimiento de las esperanzas de este mundo que Jesucristo vino á salvar?

«El que cree en él no será condenado; pero el que no » cree ya lo está; porque no cree en el nombre del único » Hijo de Dios<sup>2</sup>. »

¿Y porqué *condenado*? ¡O Cristo, *Hijo de Dios vivo*! Tal vez este desgraciado no ha podido reconocerlos! ¿El error involuntario es un crimen á vuestros ojos? ¿Castigareis en el justo la debilidad del entendimiento, como castigareis en el malo la corrupcion del corazon? ¿Depende la fe de nosotros? Este desventurado que no cree, ¿pudo creer? ¿pues sobre qué motivo es condenado?—

¿Sobre qué motivo? Ved aquí su condenacion: «La » luz vino al mundo, y los hombres *han amado mas las » tinieblas* que la luz, porque sus obras eran malas; » todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene á la » luz para que sus obras no sean descubiertas. Pero el

<sup>1</sup> Joan. iii, 16 y 17. — <sup>2</sup> Joan. iii, 18.